



Fragmento de *Morir de periodismo**

MARCO AURELIO CARBALLO

Antonio Andrade tenía relaciones con políticos y uno de ellos puso el dinero para editar un diario financiero. En cuanto los voceadores aceptaran venderlo y se acreditara entre el público y hubiera suficientes lectores, lo haría de información general. Un diario de esos atrae a los políticos, dijo Eibi, porque sirve más a sus propósitos, los de joder, pero bien jodido, al prójimo. En los ochenta estaba garantizado el éxito porque no había periódico de finanzas en el país. Mauro Jiménez Lazcano, ex jefe de prensa presidencial, le regaló la idea a Antonio Andrade y a Alejandro Ramos. Ambos iban a ser socios, pero algo sucedió y cada uno editó su propio diario. Querían completo el pastel, dijo Eibi. Mientras Ramos conseguía socio, Andrade se ligó con el político aludido y siempre sostuvo que tenía varios socios más. Distanciado de Ramos, Andrade recurrió a Cardona, a León Roberto, a Miguel Ángel Rivera y a MAC, todos de Excélsior. También a Arturo Ardura y al Tigre Maldonado. Con su socio Cervantes y con Juan de los Palotes organizó la gerencia. El Centenario apareció un día antes que El Financiero.

Andrade quiso recorrer el camino ya conocido y alquiló un piso de la ex segunda sede del uno para maquilar su periódico ahí mismo. Tenía posibilidades de éxito porque presentaba información económica y financiera con desenfadado, mientras El Financiero perdía notas y era muy serio. Los trabajadores de El Centenario serían, ahora sí, ricos, el sueño del Director del uno. Pero el gerente Juan de los Palotes era un inútil y Andrade dilapidó el dinero comiendo durante ocho meses con los jefes de prensa. De otro modo no tendría publi-

cidad, argumentaba, necesaria para mantener un periódico. Sí pero exageró, dijo Eibi. Andrade confesaría en Alcohólicos Anónimos que el jefe de prensa, a los postres, se despedía, y entonces su socio Cervantes y él tomaban la caminera y remataban donde fuera y como fuera. Poco a poco, entre copa y copa, iban aproximándose al periódico. Por la noche despachaban en El Dorado o en Los Guajos. Pero ¿y la nómina?

Antes nos llevó a Nueva York a contratar los servicios de The Wall Street Journal, dijo MAC. Viajaron con él Cardona, MAC y Gregorio Rosas Herrera, sesentón de cabello escaso, cejas negras espesas y de sólido cuerpo, experto en finanzas. El socio político pagó el viaje de la cuarteta de periodistas. Andrade seguía guardándose el nombre como si lo hubiera metido en una caja de seguridad y se hubiera tragado la llave. En la espera de las maletas, Cardona se encargó de buscar el hotel en la Quinta Avenida. Sobre los precios, dijo Andrade, que se vea que semos lo que semos. Cardona sugirió el Saint-Regis. Está bien, dijo Andrade. Tú mandas. Por los dólares no te desprecupes. Andrade tenía capacidad de mando. Quizá rememoraba su etapa de administrador de la tienda de raya en la hacienda de su hermana-madre. Quizá los ecos de la brava entonación de su pariente, al cursar las órdenes, le vibraban al hermano-hijo en el subconsciente. Esa voz femenina o bien la del cuñado-padraastro, un gringo que fundó la hacienda y murió años después. Respecto a los compas, bastaba con que Cardona viera a Andrade como diciendo: No me la creo, o como si le reclamara: ¿Qué estás creyéndote?, para que Andrade volviera a sus dengues, al meneo de la prótesis dental, al escarabajeo, al frotamiento de sus manos húmedas, al uso de arcaísmos indígenas... Nunca al extremo del Patán, a quien le extirparon los dientes por una fulminante caries gene-



Ma. Emilia Benavides

ralizada, dijo Eibi. Cuando quería patentizar su regocijo, ebrio ya, el Patán se desmontaba las dos placas y las hacía castañear, riendo, labios hundidos y marchitos.

Cardona debió sentir que la petición de buscar hotel no se había oído como orden del patrón y que él era el indicado por su dominio del inglés. Así que llamó al Saint-Regis y quedaron instalados en el hotel en minutos. MAC se preguntó cuántas veces habría dormido ahí Georges Simenon como para ubicar, en una de las suites, parte del desarrollo de su novela Maigret en Nueva York. Se lo preguntó al portero, un argentino de tez cerúlea, color adquirido quizá en el turno de madrugada. Sime... ¿qué?, preguntó el empleado. Buena pregunta habría sido a cuántas estrellitas de la putería y de la chingadera se han desvirgado en estos colchones, dijo Andrade en el elevador. Rosas Herrera hizo una mueca espontánea de censura evidente. Cenaron en un restaurante pequeño hallado al paso en la primera salida del hotel. Querían ver Manhattan, la isla de las alcantarillas humeantes (la ciudad que fuma, decía Elena Garro) y de las bolsas negras de basura apiladas en las esquinas. Un viento helado barría las calles en el crepúsculo. Los peatones caminaban con las solapas arriba.

A la mañana siguiente, otoñal fresca y airosa, Manhattan limpia de inmundicias, llegaron al The Wall Street Journal. Nos

anunciamos y dijimos con atrevimiento a qué íbamos, como si estuviéramos en el uno, dijo MAC. La recepcionista nos mandó a relaciones públicas. El último empleado del escalafón nos atendería con rutinaria cortesía. En el reducido cubículo, Andrade le pidió a Cardona decirle tal o cual cosa al güero aquél quien nos veía perplejo porque habíamos llegado sin previa cita y... monolingües. Don Gregorio Rosas Herrera observó el curso del encuentro con ecuánime seriedad y una leve sonrisa mordaz en los momentos risibles, varios. Un momento fue cuando Andrade le reclamó a Cardona la supuesta mala traducción y porque apastillara demasiado las frases cuando no las anulaba. Endenantes dije que le dijieras a este cara de pambazo sin freír que no tenemos periódico financiero, reclamó dando por descontado el monolingüismo del publicrelacionista. Pero no se lo dijites. Se trata de abreviar, dijo Cardona. Quité los endenantes y los dijites y comprates. Ante los insistentes reclamos, Cardona el intérprete emitió un reprimido ¡oh shit! y le dijo a Andrade que mejor hablara él. Como se lo dijo en inglés y Andrade no entendió, lo repitió en español eliminando el oh shit. En los apuros de Andrade, Rosas Herrera entraba en su ayuda. Tras el galimatías de Andrade, que Cardona y Rosas Herrera trataron de poner en claro, el publicrelacionista pidió a los visitantes que editaran el periódi-

co y enviaran varios ejemplares y la petición del servicio. Eran las reglas y para conocerlas hubiera bastado llamarle al corresponsal del Wall Street Journal en el DF. Alicaídos, abandonaron el edificio. Ahí quedaba eso para el anecdotario del periodismo a la mexicana, dijo MAC. Cualquier niño que le mueve la barriga lombricenta a los gringos desabridos en Acapulco habla mejor inglés que yo, diría Andrade. Pero me salió bien aquello de juásumara güit yu, compa, juái tanta cabroaian desconfianza si tráimos dólares. Podríamos tu saing el contrato diunvez.

Años después MAC reflexionaría en que la mayor parte de los reporteros del tercer mundo ambiciona tener su periódico. Infelices, temen morir siendo empleados. Era la razón por la cual había tantas publicaciones. También porque el gobierno las alienta con la compra de publicidad. Así los funcionarios reciben alabanzas, sea cual sea su rango, hagan lo que hagan. Andrade lo supo desde sus inicios. Si el alcalde de Córdoba le dio una plaza de barrendero, ¿qué cosa no iba a darle el gobierno federal? Me conformo con la concesión de pintar las rayas blancas de las carreteras, decía, despatarrado en el bar de Sanborns. Mejor monta una fábrica de llaveros de barrilitos de petróleo, aconsejaba Cardona. Al periodismo tercermundista corresponden políticos de esa misma calaña, siguió cavilando MAC. Los colegas ansiosos de tener su publicación actúan impulsados por dos motivos. El primero porque los patrones a quienes venden su fuerza de trabajo no son periodistas. Ofrecen al lector mal periodismo o periodismo complaciente con el poder. Amasan una fortuna gracias al negocio que significa editar un periódico anodino, sumiso ante el gobierno, pero también arma de presión para beneficiar a sus otras empresas. El segundo motivo es que siempre han sido víctimas de esos patrones. Del total de periodistas deseosos de tener su periódico triunfan los dotados con genes de patrón. Andrade los tenía, dijo Eibi. Pero junto con los genes del alcoholismo.

La visita a Manhattan fue amable después del trago amargo en el Wall Street Journal. Los viajeros pasearon y comieron y bebieron. La segunda noche, Andrade preguntó si cenaban en La Cote Basque, frente al Saint-Regis. Estábamos en el vestíbulo del hotel, dijo MAC. Andrade parecía de buen humor, exultante. Como si aquel trago se hubiera ido ya desde endenantes por el laberinto de las cañerías con fumarolas. En su figura destacaba algo extraño. Pero MAC no descubrió de qué se trata-

ba en ese momento. Cardona los distrajo al advertir lo caro de La Cote Basque. Andrade hizo un gesto de desenfado, uno de “Yo me como el mar a puños”, clásico en él, dijo MAC. Por los dólares no se despreocupen, insitió, palmeándose la bolsa. Así que cruzaron la calle pero en la recepción se enteraron de que debieron haber reservado mesa. Faltaban dos horas para el segundo turno. Podían esperar en la barra, entrando a la izquierda. Andrade dijo que el bar del hotel estaba enfrente y ahí había meseras no meseros como en La Cote Basque.

Tras quejarse del American way of life, en cuanto a hacer cita previa para todo compromiso, Andrade trató de conquistar a una mesera de vestido largo y de profundo escote. Cuando se le agotó el vocabulario exiguo, cuando ella servía la segunda ronda de jaiboles de media docena en dos horas, Andrade echó mano del intérprete, pero Cardona terminó por ignorarlo de nuevo. La rubia de ojos azules le sonreía a Andrade y le meneaba las partes prominentes de su escultural humanidad, como a cualquier parroquiano con similares pretensiones, y nada más. MAC se dio cuenta ahí, gracias al juego de luces del lugar, del aspecto raro de Andrade. Había cambiado el color del peluquín. Ya no era negro, sino canoso, una blancura de avena, como lo tenía en las sienes, su propio cabello encanecido del todo. ¿Por qué no te lo quitas?, le preguntó Cardona. ¿Por qué no te muestras como eres? Sé auténtico. ¡Ándale!, dijo MAC. Anímate. Hazlo ahora. Andrade sonrió, bajó la cabeza y se retorció las manos en el gesto clásico de la mordida de rebozo que le redituaba excelentes resultados con las mujeres. Déjenlo en paz, dijo Rosas Herrera, impecable, vestido de negro y corbata roja y azul a rayas sobre su poderoso tórax. De haber tenido los genes de la vanidad desarrollados como los de Andrade, Rosas Herrera, de noble calva irremediable, habría usado peluquín. Esa mañana, al salir del Wall Street Journal, los cuatro habían acordado recorrer Manhattan. Querían despojarse de la frustración y del desaliento. La mañana seguía fresca y el aire soplaba fuerte. Al llegar a una esquina, Andrade dejó caer con estrépito su portafolios para llevarse las manos a la cabeza. El coletazo de un ventarrón serpenteando por entre los rascacielos le había levantado el peluquín. Debió temer que el torbellino se lo arrancaría para llevarlo quién sabe adónde. Evitó la calamidad al actuar con rapidez.

Miguel Reyes Razo suele contar: El primero de junio de 1979 viajamos con el presidente de la República al puerto de Veracruz. Había un norte veracruzano. La fuente de la Presidencia estaba aglomerada a la puerta del autobús abordándolo. De pronto una ráfaga le levantó a Andrade el bisoné. No pude contenerme, aseguró Reyes Razo. Le dije que se le había levantado el capacete. Los colegas rieron a carcajadas. Más tarde, en el hotel, Andrade me dijo: “Usted es muy ingenioso, don Miguel, muy simpático, muy inteligente. Se las sabe de todas todas. Pero la próxima vez que se burle de mí... yo puedo mandarlo mucho pa’ la chingada”. Sí, Toño, le dije, je je. Claro que sí mi Toño, je je je... Tenía razón.

En La Cote Basque las mesas estaban ocupadas por el jet set. Estoy seguro de haber visto a Brooke Shields, dijo MAC. Como Andrade y Rosas Herrera no la conocían, MAC le preguntó a Cardona si estaba viendo visiones. No, era ella de carne y hueso. ¿Por qué te asombras?, preguntó Cardona. Al rato verás a Robert de Niro, a Al Pacino, a Woody Allen... Me quedé maravillado, dijo MAC. Quién iba a decir que aquel aspirante a reportero y a narrador, que cenaba al aire libre las exquisitas viandas de las juchitecas, las garnachas y las enchiladas, o botaneaba en La Mesa Redonda, en su tierruca, en un rincón al sur de su país, en la costa de la selva, en el Soconusco insalubre, iba a cenar en aquel restaurante neoyorkino. En el sitio al que acudían las actrices de las cuales se enamoraba sin remedio, como le sucedía a León Roberto. En ese sitio bebería whisky y paladearía vinos para rematar con fajazos de coñac. A una cuadra de la Quinta Avenida, la policía montada cuidaba la ciudad haciendo gambetear sus respectivas cabalgaduras por entre los vehículos. Unos caballos enormes, contaría MAC en el Béverly, ante la mirada benevolente de los compas, que habían cubierto ya giras internacionales. Nunca se le iba a cumplir el sueño de vivir en Manhattan (huyó dos veces de casa con ese fin), pero sí el de visitar la isla. MAC no había leído aún Plegarias atendidas, de Truman Capote. “La Cote Basque” es uno de los tres textos con chismes de todo calibre. El escritor y sus amigas ricas y Marilyn Monroe solían cenar ahí. Esa noche brindaron y comieron e hicieron comentarios sobre lo bien hecho que iba a estar el periódico de economía y finanzas. Andrade manifestó su temor de que se tratara de una especialidad indomeñable. ¿Debía confiar en la veteranía de Rosas Herrera y en

el aplomo de Cardona? Para un periodista nada hay desentrañable, solía decir MAC, si es buen reportero. Para escribir en cristiano la información de la gente de la banca y de los economistas, para traducirla al lenguaje del ciudadano raso, un buen reportero es el indicado.

La tercera y última noche, Andrade pidió que lo acompañaran a la Calle 43. Habían estado en los almacenes toda la mañana. Mientras almorzaban hamburguesas al carbón, Cardona contó que había dejado a Andrade en los almacenes Bloomingdale donde llevaba horas comprando lencería roja y negra. Cansado, Cardona le preguntó de qué se trataba. Andrade estaba mercándole regalitos a sus amiguitas y a su secretaria, dijo. No iba a regresar con las manos vacías. En el recorrido de Andrade por las tiendas porno, Rosas Herrera dijo que estaba harto, y lo esperó afuera, en la calle. Andrade compró revistas, películas y aparatos como baterías de dos cañones, regalo ideal para el inútil gerente Juan de los Palotes, según él mismo. Cardona se negó a ser intérprete, pero fue innecesario. Los sexovendedores hablaban hasta náhuatl.

Camino de regreso al hotel, una mujer de raza negra, alta, espigada, empezó a gritarles de acera a acera. La desierta calle estaba semioscura y con varios coches viejos estacionados. Nadie la había visto mientras ella no gritó. Andrade fue por ella escarabajando, luego de encargar sus bolsas. No necesitó intérprete porque habló con la mujer en su rústico inglés y echando mano del lenguaje internacional de la compra-venta del amor. A veces lanzaba un ¡ja! estentóreo y hacía aspavientos para subrayar su desacuerdo con las demandas. La mujer vestía minifalda y zapatillas de tacón de aguja. Él actuaba ante sus colegas para que lo vieran como a un tipo fogueado en los carnavales de Veracruz y no como presa fácil de las suripantas primermundistas. Rosas Herrera aguardó atisbando la calle de punta a punta. Temía la aparición de alguna pandilla o, peor aún, de la policía montada. No se imaginaba corriendo junto a aquellos locos y la prostituta, y dos policías galopando tras ellos para ser derribados de sendos y brutales mulazos, diría Andrade. Rosas Herrera tampoco se veía en la cárcel acusado de alentar la pornografía y la prostitución. Cardona y MAC aguardaron pacientes. Tras el acuerdo, en el vestíbulo del hotel, Andrade pidió prestado el cuarto de Cardona y de Rosas Herrera. La mujer, de espaldas a los visitantes, brazos en jarras

y el trasero firme y rotundo de la mujer de color, dijo MAC, veía desenfadada los cuadros del vestíbulo del Saint-Regis. Andrade negoció por misteriosas razones que Cardona le cediera su cama y que se instalara con MAC. Él dormiría en el cuarto de Rosas Herrera, una vez despachado “el negocito arrecho” con la negraza de fuego, paisana de sus paisanas de la sierra de Zongolica, Veracruz. Las conozco de toda la vida, dijo pomposo. Ustedes no se preocupen. Rosas Herrera anunció que él, a las brasas, iba a paladear un corte, un New York término medio y media botella de vino. Cenarás con ellos, murmuró Cardona, y con la gran puta. Yo dormiré. La salida será muy de mañana.

MAC y Cardona comentaban que Andrade se hubiera arrojado al ruedo sin capote, sin precauciones. Muere de ganas por estrenar los aparatos de tortura, dijo Cardona. La debe estar latigueando... Tras unos minutos, oyeron un escándalo. Se asomaron al pasillo. La negra corría a grandes zancadas hacia las escaleras. Andrade iba en calzoncillos tras ella, con las gafas y el peluquín puesto pero descalzo. ¡Deténganla!, gritó. ¡Stop! Me ha robado. Andrade y la mujer bajaron las escaleras en medio de gran estrépito mientras Cardona y MAC tomaban el elevador. En la planta baja, encontraron a Andrade exigiendo a

gritos la presencia de la policía. Fuera de sí, lanzaba ¡chingaos! a diestra y siniestra. El encargado, un muchacho argentino, le dijo con calma que Andrade y él serían hombres muertos si llamaba a la policía. Pistoleros a sueldo de los cinturitas protegían a las prostitutas. A Andrade le había ido bien, dijo el empleado. Ellas acostumbraban degollar al cliente después de robarlo, sobre todo al extranjero. A fin de silenciarlo, a fin de ahorrarse cualquier escándalo como el de Andrade. Un asunto para Maigret en caso de que la víctima fuera ciudadano francés, se dijo MAC. Persuadieron a Andrade de que regresara al cuarto. No debía estar en calzoncillos en el vestíbulo del Saint Regis. Al día siguiente, gracias a los comentarios acerca de lo sucedido, el viaje de regreso resultó jocoso.

Andrade y su socio Cervantes y el gerente Juan de los Palotes siguieron comiendo con jefezuelos de toda laya en su empeño inútil de hacer relaciones públicas exitosas. Se seguían de frente y remataban la cena rodeados de gorriones. Pagaban atrasadas las quincenas o incompletas. La situación mejoraría con un préstamo bancario, aseguraba Andrade, y con la publicidad cuando fluyera en avalancha. Pero la gerencia inútil no lograba persuadir a los voceadores de que venderían el periódico. Las comidas debieran ser con el líder de los voceadores, no con los jefes de prensa, decían en la redacción. El periódico circulaba apenas en torno a la manzana de donde se imprimía, en el edificio de la segunda sede del uno, en los alrededores del cajón.

Una treintena de reporteros demandó a Andrade en los tribunales. Éste pretendió cerrar el periódico quince días y ordenó a sus empleados marchar a casa. Cuando le pidieron explicaciones, argumentó que sería un descanso sin goce de sueldo y que volvieran dos semanas después. Para entonces la situación estaría mejor... Quiso tratarnos como si fuéramos albañiles, pero albañiles ignorantes, dijo una reportera identificada como la Pandita, Teresa García Izquierdo. Andrade está muerto y no puede defenderse, lo sé, pero esa fue la neta de su parte. Váyanse, yo les llamo, nos dijo, el muy ingenuo. Como la demanda prosperaría tarde o temprano, Andrade aceptó negociar con algunos y pagó una suma menor de cuanto debía pagar por ley. ■



apunte en grabado (mica)
 1932 P. Aguirre

*Este mes, Axial publicará Morir de periodismo, séptima novela de MAC.